

## COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

### Y NOTAS

JUAN CARLOS ONETTI: EL POZO. 2ª ed. Editorial Arca. Montevideo, 1965.

Desde 1965 ha comenzado en Uruguay una notable reactualización de la obra de Juan Carlos Onetti. Es una labor sistemática que están cumpliendo diversas casas editoriales de Montevideo. Refrendan, de este modo, la importancia indiscutible que posee la producción literaria del novelista uruguayo, a la vez que detectan un primer síntoma de *onetismo* que es posible advertir en algunos representantes de la narrativa rioplatense. La influencia de Onetti comienza a cuajar, a hacerse más y más evidente, emparentándose con hermanos más jóvenes. Los planetas personales de Sábato, Cortázar y Castillo, aunque en órbitas diferentes y con habitantes propios, quizás formen un grandioso sistema único, junto a la sombra y a las luces que emanan del escritor montevideano.

Su carrera artística data ya de más de 25 años. Su primera obra, *EL POZO*, es de 1939, fecha a partir de la cual su creación se ha convertido en una corriente vigorosa, cada vez más dilatada: *TIERRA DE NADIE* (1941); *PARA ESTA NOCHE* (1943), *LA VIDA BREVE* (1950), *LOS ADIOSES* (1954), *UNA TUMBA SIN NOMBRE* (1959), *LA CARA DE LA DESGRACIA* (1960), *EL ASTILLERO* (1961) y *JUNTACADAVERES* (1964). A estas novelas es necesario agregar sus cuentos o relatos más breves: *JACOB Y EL OTRO*, *UN SUEÑO REALIZADO Y OTRO CUENTOS* (1965, que incluye relatos que van desde 1941 a 1961), *UN INFIERNO TAN TEMIDO* (en *Ficción*, enero-febrero de 1957) y *TAN TRISTE COMO ELLA* (1963).

El origen de *EL POZO* coincide con el tiempo en que Onetti era secretario de redacción de la revista *Marcha*, semanario que tanta importancia ha tenido en el desarrollo cultural de Uruguay. Como lo señala Angel Rama en el estudio que sigue a esta reedición, la obra anuncia y es una especie de manifiesto de la nueva literatura del país. Esto es verdad, aun si se tiene en cuenta que Onetti exhibe menos afinidad con su grupo coetáneo, el de Dionisio Trillo o de Alfredo Gravina (con la excepción de Felisberto Hernández), que con los escritores argentinos últimos. Adquiere significación, entonces, el posterior traslado del novelista a Buenos Aires.

Eladio Linacero se llama el protagonista de la extraña confesión que constituye este relato de Onetti. Solitario en medio de la ciudad, ha escrito durante toda una larga noche estas memorias que ahora nos entrega. Confesión, memorias que son una confidencia patética, sin pudor,

con vergüenza, con humillación, en que el héroe —náufrago inerte de su propia noche— ha querido llevar hasta el extremo sus posibilidades de autoconocimiento.

Desde las primeras palabras quedamos inmersos en la singular atmósfera del mundo de Onetti. Ese hombre encerrado permanentemente en su cuarto, especie de moderno agorafobo, está en esa hosca y sombría tradición de reconcentrados de la literatura contemporánea. La pieza como infierno asfixiante exagera el espíritu de sueños del personaje, le hace divisar con pavor las cosas que lo rodean, cosas deslustradas, sucias, como los vericuetos de su alma.

Empieza entonces el itinerario típicamente onettiano: la percepción de los menores datos epidérmicos, de lo fisiológico, y la lenta penetración en el ámbito del sueño, primero a través de la evocación de los hechos vividos, luego a través del recuerdo de situaciones oníricas y, más tarde, en la tensa subordinación de la vida entera al poder de los propios sueños. La resistencia del individuo se quiebra ante la avalancha de la corriente imaginaria, siempre amenazante, henchida de riesgos suicidas. Es lo que ocurrirá y nos describirá Onetti en su hermosa novela *LA VIDA BREVE* (Edit. Losada, 1950), donde el laberinto del ensueño llegará a ser la vía para ejecutar una meditada decisión de locura. En el momento que representa *EL POZO*, motivan este trastorno del orden habitual una oscura conciencia de culpabilidad y el remordimiento por haber sido verdugo de lo que se amaba.

El núcleo de los sucesos relatados en *EL POZO* —eso que el protagonista llama su *aventura* (queda pendiente estudiar la conexión con el concepto de *aventure* explicitado en *LA NAUSEE*, 1938, de Sartre) — es el recuerdo de la muchacha tempranamente muerta, en plena adolescencia, ensuciada morbosamente por el sujeto que escribe sus memorias. El motivo no se desvía por los cauces románticos de la melancolía o el sentimiento de lo irrecuperable, sino que funda en el personaje una obsesión contradictoriamente creadora y destructiva. Entre el suceso innoble y la pureza del sueño actúa la disposición transformadora de la fantasía. Pero este movimiento creador de las fuerzas síquicas es, simultáneamente, factor de desesperación, de aniquilamiento, pues exige la abolición de la existencia de Linacero al ritual imperioso de su ensueño. Lo decía ya irónicamente el protagonista, en el fragmento segundo de sus memorias:

“También podría ser un plan el ir contando un “suceso” y un sueño. Todos quedaríamos contentos” (pág. 11).

JAIME CONCHA

JUAN URIBE ECHEVARRÍA: *EL PUGIL Y SAN PANCRACIO*. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1966.

La crítica literaria ha acogido muy favorablemente *El Púgil y San Pancracio*. No ha advertido, sin embargo, con la rotundidad que se debe,